

nómica ha estado en manos de los líderes políticos, no de la burocracia. Pero algunas de sus interpretaciones no quedan suficientemente demostradas.

Así, es difícil compartir la idea de que la crisis del sistema político apenas ha tenido relación con la economía (el libro sólo se refiere a las consecuencias de los problemas económicos a raíz del fracaso del PLD en las elecciones al Senado de julio de 1998). Sus argumentos, por otra parte, sobre el predominio de los políticos sobre los burócratas, se sustentan en las ideas de Kakuei Tanaka –primer ministro entre 1972 y 1974– o en la afirmación de que son los políticos quienes definen los grandes objetivos del país.

Más que un análisis de los porqués y las dinámicas de funcionamiento el libro de Curtis es una narrativa basada en artículos periodísticos y relatos de sus protagonistas. Resulta extraño que no profundice en algunas de las afirmaciones de sus entrevistados, como ocurre con la inocencia que le mostró el renovador Morihiro Hosokawa, líder del Partido Nuevo de Japón, al decir que nunca había pensado en llegar a primer ministro hasta que le fue ofrecido el cargo. También deja en el aire interrogantes importantes, como las causas del profundo declive del Partido Socialista o la evolución de partidos como el comunista o de los grupos de la derecha ultranacionalista. De este modo, a pesar del propósito aparente de explicar el funcionamiento del sistema político japonés, no se encontrará en esta obra un análisis profundo de las motivaciones de los principales líderes, ni siquiera de su lógica interna, pese a lo sugerente del título, que el autor trata de justificar en un final forzado.

El libro parece, por tanto, una continuación del que publicó en 1988 bajo el título *The Japanese way of politics*. Pero los escritos y las opiniones de un especialista en la cultura japonesa siempre serán provechosos para conocer y analizar este país. **Florentino Rodao**

**Los señores del aire: Telépolis  
y el tercer entorno**

**Javier Echeverría**

**Barcelona: Destino, 1999. 491 págs.**

En un momento en que la globalización se ha convertido en uno de los asuntos estrella entre los analistas, los pensadores y, cómo no, las gentes comunes, un libro –el de Javier Echeverría– nos aleja de tópicos y de frases hechas para acercarnos, desde una perspectiva rigurosa, a la naturaleza de la nueva sociedad tecnológica.

Echeverría, investigador de amplia formación interdisciplinar, a quien fue concedido en 1997 el premio Euskadi de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, arranca con una breve pero útil reflexión acerca de las principales tesis hoy existentes sobre la naturaleza del ciberespacio. El tecnologicismo, el enfoque mentalista, la concepción neoliberal, el ciberanarquismo... son algunos de los enfoques cuyo contenido es analizado críticamente en las páginas de esta obra. Pero su aportación más interesante la constituye, sin duda, la profundización y ampliación que Echeverría hace del concepto de *Telépolis* (Destino, 1994), explicado por él en un libro, ya entonces muy sugerente, publicado bajo el título que da nombre al concepto.

El autor nos muestra un ciberespacio pensado en términos de ciudad. Un espacio social que, en un estadio aún formativo, es más que un medio

ágil y sofisticado para la comunicación de las personas que habitan hoy el planeta, o que un vasto océano en el que las multinacionales de la información, de la imagen y de la comunicación comercian sin restricciones. Un espacio, defiende Echeverría, intensamente necesitado de unas reglas de organización. A este espacio es al que denomina el "tercer entorno" (E3), continuación en el tiempo de la historia de un primer y un segundo entorno (E1 y E2), respectivamente, el medio ambiente natural y el ambiente socio-cultural, también considerado como el entorno urbano.

La especie humana ha logrado, mediante el proceso de evolución, adaptarse al medio hostil y establecerse en los escenarios diversos del E1. Los pueblos y las ciudades, E2, han dado cabida a las diversas formas sociales, desde la familia hasta la nación, el Estado, la escuela o la Iglesia. Primer y segundo entorno constituyen los espacios en los que se han desarrollado las sociedades, primero preindustriales y, más tarde, industriales.

Ahora bien, en nuestros días la sociedad posindustrial encuentra su marco idóneo en el E3, el espacio social que ha sido posible gracias a la aplicación de algunas tecnologías surgidas en el segundo, como el teléfono, la radio o la televisión, pero gracias también a otras nuevas como las redes telemáticas, los multimedia, el hipertexto o el dinero electrónico. La compleja tecnociencia, que ha emergido fundamentalmente en Estados Unidos, ha hecho posible la construcción y el funcionamiento de artefactos hasta hace pocas décadas impensables.

El E3 viene definido por la teleactividad: conjunto de actividades que pueden desempeñarse pese a la dis-

tancia entre los sujetos y los objetos. Algunas de sus propiedades diferenciales, con respecto al E1 y al E2, merecen una amplia atención en este libro. El tercer entorno no es proximal sino distal, no es "recintual" sino "reticular", es "informativa" y no material, representacional y no presencial. Además, es artificial, multicrónico, bisensorial, inestable... Hasta veinte rasgos que encuentran en las páginas de esta obra una cuidada explicación.

El hombre actual tiende a desempeñar gran parte de sus actividades en el E3. Así, Echeverría nos habla de operaciones financieras, teletrabajo y economía, de ciencia, medicina, urbanismo, arquitectura, cultura, del arte y el ocio, y también de la guerra y la violencia. La guerra, la paz, los delitos y el orden sufren sustanciales transformaciones en el E3: si bien éste puede ser utilizado como medio para acciones violentas cuyos efectos se sentirán en los otros dos entornos, las simulaciones bélicas en las pantallas, la teleguerra, o la ciberguerra —guerra informativa— conforman una suerte de nuevos peligros y violencia que estimula el nacimiento de las armas electrodigitales. La violencia en el E3 requiere de un estudio y de un nuevo tratamiento, porque si bien no amenaza la integridad física de las personas y de los espacios en el E1 y el E2, su acción no es en absoluto inocua.

**Montserrat Huguet**